

**Casas y memoria: derivas del espacio y el miedo
en la narrativa argentina contemporánea**

**Sandra Gasparini
Universidad de Buenos Aires**

casas marcadas
por el sol
casas marcadas en la luz
“Casas marcadas”, Luis A. Spinetta

Existen algunas novelas argentinas de publicación relativamente reciente, testimonios y crónicas periodísticas sobre secuestros, torturas y permanencias en espacios húmedos, sucios, mohosos, poblados de gritos y risas de verdugos, de laceraciones y vejámenes que coinciden con los pasajes más escatológicos de las novelas góticas aunque no pretendan serlo. En ellos espacios y casas aparecen atravesados por la política y por el terrorismo de estado mientras que lo doméstico y lo siniestro se conjugan en el plano de la clandestinidad: se trata de la guerra subterránea que corroe la ciudad. Espacios y casas de las que es posible pensar, como escribe María Negroni en *La anunciación* (2007: 61), “no es lo mismo, obviamente una casa, que una casa operativa, que una casa allanada, que una casa cantada por un quebrado, que una casa rosada, o peor aún, una casa blanca”. Casa “operativa”, “embute”, ruina, terreno baldío son lugares de pasaje por los que transitan tanto los vivos como los fantasmas de la memoria histórica vinculada a la lucha armada en los años 70 y al período dictatorial en algunas de estas novelas escritas por narradores argentinos en los últimos años.

Así como en el siglo XIX el *topos* más popular de lo siniestro, recreado por la literatura fantástica, fueron las casas encantadas (Vidler, 1992), es posible leer un desajuste en la representación de lo real en los espacios domésticos y sus usos como lugares clandestinos de la ciudad de la dictadura cívico militar (1976-1983) y en su evocación por

parte de los hijos de padres desaparecidos. Lo *siniestro arquitectónico* (Vidler) aquí surge no de una estructura edilicia en particular sino de las prácticas que allí se llevan a cabo y cubren de horror a quienes circulan por ella. En la privacidad de los interiores irrumpe lo irracional asociado con el “operativo”, con la aparición de un fantasma o bien el espacio urbano se transforma en una trampa mortal cuando no en una tumba sin nombre.

La conversión del espacio urbano de doméstico a siniestro en estas narraciones, que están atravesadas por una referencialidad histórica en constante revisión como lo es la década de 1970, cuenta en su propio mecanismo verbal, en el despliegue de sus perspectivas cargadas de matices, que ese cambio no fue azaroso ni imperceptible para quienes no participaban activamente del conflicto social. Lo que el “descubrimiento social” de los centros clandestinos de detención (CCDTyE) que realizó la CONADEP a mediados de los ochentas puso sobre la mesa fue, fundamentalmente, en palabras de Vezzetti (2002) “una maquinaria de tortura y exterminio que coexistió y convivió sin mayores dificultades con un funcionamiento más o menos habitual de las instituciones de la sociedad” (Vezzetti: 166). Tanto Pilar Calveiro (2004), en su conocido ensayo sobre los campos de concentración, como Vezzetti, coinciden en afirmar que hay “un punto en el que el miedo se reúne con la conformidad social, incluso con una sumisión tranquilizadora a un orden autoritario” (167), un miedo que se expresaba como una “posición de sumisión frente a las amenazas de un desorden que a la vez era real e imaginario” (168), no solamente como una respuesta a una amenaza externa. Calveiro, a su vez, interpela al lector cuando propone que “no hay campos de concentración en todas las sociedades” (Calveiro, 28).

Esta lectura sobre las casas, fantasmas y espacios del miedo durante la dictadura se apoya en algunas novelas y cuentos publicados en la primera década de este siglo, como *La casa operativa* (Cristina Feijó, 2006), *La casa de los conejos* (Laura Alcoba, 2008) y *Los peligros de fumar en la cama* (Mariana Enríquez, 2009).

Casas siniestras

“La casa proveyó un lugar favorable para las perturbaciones de lo siniestro (uncanny): su aparente domesticidad, su residuo de historia familiar y nostalgia, su rol de último y mayor refugio del confort privado enfocado por contraste en el terror de la invasión de espíritus

intrusos (alien)”, señala Vidler (p. 17). “La caída de la casa Usher”, de E. Allan Poe, fue paradigmático en este sentido. Si en el cuento de Poe los signos del encantamiento ya están en la casa, como en sus predecesoras románticas, en cambio, en las casas de las novelas que estoy leyendo lo siniestro no se anuncia desde el exterior, muy camuflado en el paisaje urbano de las calles del conurbano bonaerense, rosarino o platense. La casa Usher es una “cripta predestinada a ser sepultada a su turno” porque la grieta que la divide en dos lo anuncia ostensiblemente (p. 18). También la casa deviene tumba en *La casa de los conejos* y *La casa operativa*. En “Chicos que faltan” (Enríquez), los adolescentes y niños desaparecidos en tiempos de democracia (secuestrados o extraviados y luego no recuperados e incluso vistos muertos en filmaciones) vuelven a sus casas masivamente para finalmente ser rechazados por sus familiares, que sólo reconocen en ellos un cuerpo con una identidad diferente.¹ Todos confluyen en una casa rosa o rosada, antes deshabitada, donde la protagonista comprende que “formaban un organismo, un ser completo que se movía en manada” (p. 194). De la ventana blanca asoma Vanadis, remedo adolescente y criollo de la diosa nórdica de la belleza y el amor, quien habla por todo ese “organismo” que son esos fantasmas, esas “cáscaras (...) que no tenían nada adentro”, como declara en un medio una de las madres que los rechazan. La casa se transforma en una especie de colmena que alberga lo siniestro, ya independizado de la experiencia del sujeto y materializado.

Hay, desde luego, casas que a pesar de su simplicidad tienen aspecto siniestro. Este aspecto o esta sensación se construye desde el adentro, como ocurre en “Chicos que faltan”, porque lo que asoma, aflora, de la casa ya habitada por fantasmas o cáscaras de la identidad real, usurpada y borrada por el secuestro y muerte, es la historia no contada y obturada por el período en que esos niños y adolescentes desaparecieron. Esos rostros que asoman en la ventana, en círculo, alrededor de la diosa adolescente son la punta de un iceberg que cuenta la historia de la desprotección de la inocencia. El punto de partida de lo siniestro, como lo analizó Freud, es el revés de lo doméstico y familiar que muestra lo que no debe decirse. Lo

¹ *Los peligros de fumar en la cama*, de M. Enríquez, no es precisamente un conjunto de narraciones sobre la lucha armada en los setentas ni tiene un sesgo testimonial ni autobiográfico. He seleccionado dos relatos que creo vinculados a este tratamiento del espacio y el miedo porque además comparten con las otras dos novelas similar período de publicación.

siniestro es el regreso de algo inquietante, algo enterrado que aflora, tan parecido a la noción de fantasma. Hay una definición que resultó clave para la investigación de Freud, la del poeta romántico Schelling (*Filosofía de la mitología*, 1835): “siniestro es el nombre para todo lo que debió permanecer secreto y oculto pero sale a la luz” (Vidler, 26).

Arquitectura y militancia

A través de la lectura de algunos relatos de Hoffmann, Vidler se enfoca en el examen del rol de la arquitectura en el establecimiento de la sensación y en su actuación como un instrumento para su narrativa y las manifestaciones espaciales. Posa su interés en el diseño de espacios que tuvieron resonancia en las dimensiones psicológicas de los personajes de Hoffmann. En sus cuentos releva casas, a veces, “inusuales” por fuera y sencillas, “caseras”, por dentro. Freud ya observó que de la casa confortable, familiar a la encantada hay un solo paso. En las casas de estas novelas ese paso se da con la modificación arquitectónica utilitaria (*La casa de los conejos*), cuando se construye el “embute” que oculta la imprenta clandestina que maneja la madre de la protagonista. Con la división operativa de espacios y los usos de esos espacios que se convierten en lugares que pueden facilitar o impedir la huida en *La casa operativa*. Cuando ésta se transforma en campo de combate con el enemigo también se transforma lo doméstico en extraño, siniestro. De similares estrategias de contraste hecha mano Feijoó para construir la mirada de un adulto que recuerda desde su visión de niño la situación límite de la pérdida de la madre y del hogar, por transitorio que sea.

La casa operativa

En la novela de Feijoó todo gira alrededor de un suceso histórico, los preparativos para la ejecución de un militar en Rosario por las FAR y el PRT en 1972 y el operativo de captura de la policía de los participantes en la “casa operativa”, meses antes del fusilamiento de Trelew (22 de agosto), donde cae Julián, el padre de Manuel, principal voz narradora.² El

² El ERP realizó algunas operaciones militares junto con otras organizaciones durante la década de 1970. La que tuvo mayor repercusión fue la planificación y concreción de la fuga de los dirigentes de PRT, FAR y Montoneros de la cárcel de Rawson en agosto de 1972 y la acción conjunta de las FAR en el caso del General Sánchez en Rosario, que es el suceso histórico alrededor del cual gira la novela. Ver Daniel De Santis, *A vencer o morir: PRT-ERP documentos, Volumen 2*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

operativo del comando parapolicial está narrado en una tercera persona que va haciendo foco en distintas subjetividades, lo que brinda otra perspectiva diferente al discurso de los militantes y a su narración descarnada por parte del hijo de la militante desaparecida. Esa historia está contada por la voz de Manuel, desdoblado en el pasado de la narración en su nombre de guerra, “el Hilván”, quien busca recuperar a su madre, Felisa, reconstruyendo ese episodio clave de su infancia y de la lucha armada en los 70s. El resultado de esta instancia narrativa es un conglomerado compuesto por testimonios -que cuentan lo que se desarrolla en la casa y todo el operativo de la organización guerrillera- en primera persona de protagonistas (Dardo) o de amigos de los protagonistas (Tessi, amiga de Felisa) o de esas voces mediadas por la de Manuel. Sobre el final se sabe que Felisa y Manuel sobreviven al asalto a la casa operativa y que ella es secuestrada en 1976 y se transforma en una desaparecida. La novela se cierra con el reconocimiento de Dardo, ex militante sobreviviente, y el ex niño: se recupera la identidad, se unen los fragmentos dispersos.

Escribir sobre la casa operativa es también realizar un anclaje en la memoria; porque la muerte de la madre desaparecida existe y no existe: “Mi madre fue vista por última vez en la ESMA; fue arrojada al mar, pero no permitiré conclusiones erróneas. Que nadie introduzca la muerte entre mi madre y yo. La muerte, sin embargo, existe” (Feijoó, 10). *La casa de los conejos*, narrada en tercera persona en la voz de la adulta que quiere olvidar, a través de la impostación de una voz de niña de siete años (proceso que recupera el pasado vivido), está dirigida a Diana, militante montonera desaparecida, como interlocutora ausente. Se apela en esta novela a la figura del *interlocutor/receptor desaparecido*: la narradora se ha demorado en escribir para que los pocos sobrevivientes no la lean, gesto que en la historia de la literatura argentina tiene uno de sus antecedentes más lejanos en la *Amalia* de Mármol y la susceptibilidad política del lector en el cambio de coyuntura o escenario histórico. La voz narra a través de los lugares marcados por la violencia y su reconstrucción para la memoria histórica: la narradora vuelve del exilio, a la Argentina, muchos años después, con su hija. “En los mismos lugares, yo investigué, encontré gente. Empecé a recordar con mucha más precisión que antes, cuando solo contaba con la ayuda del pasado” (...) “hago este esfuerzo de memoria para hablar de la

Argentina de los Montoneros, de la dictadura y del terror, desde la altura de la niña que fui” (...) para “olvidar un poco” (Alcoba, 12). Escritura como vaciamiento del recuerdo, del deseo que no hace otra cosa que el movimiento contrario, recordar. El lugar de los hechos es, en efecto, un estímulo para la memoria, su materialidad funciona como vínculo entre el pasado y el presente para construir una narración “fidedigna”, intermedia entre lo testimonial y la novela.

Es así que la casa, como anclaje de la memoria, ocupa un lugar central en estas narraciones. Y la memoria como problema en la vida pasada del militante se perfila como paradoja que anuda los hilos de lo narrado. Qué se hace con la memoria, cómo se la controla a través de reglas mnemotécnicas o de bloqueo que no siempre funcionan, cómo la información que en ella se almacena deviene, en el CCDT, valor de cambio (datos por vida o la vida por nada) son cuestiones que van trazando un mapa de la novela de la guerrilla urbana que se está escribiendo los últimos diez años.

En primer lugar surge el problema del nombre propio: la regla es ser nadie para el otro (Feijoó, 34): el compañero o el torturador. Tanto la dirección del hogar que se ha dejado atrás en la identidad anterior a la situación de clandestinidad como la de la “casa operativa” utilizada para vigilar las acciones de un objetivo al que se deberá asesinar (el general Sánchez) no deben ser recordadas. En los términos en los que se lo plantea Van den Abbeele, se trata de la disolución del *oikos*, del anclaje funcional al operativo de la organización armada, en este caso las FAR. Van den Abbeele (1992) ha propuesto que la economía del viaje requiere un *oikos* (expresión griega de la cual deriva la palabra “economía”) en relación al cual cualquier peregrinaje pueda ser comprendido. Un hogar, una tierra desde la cual partir de viaje y tener esperanzas de regresar debe ser establecido: un *oikos* o *domus* es lo que domestica el viaje al adscribirle ciertos límites (Van den Abbeele: XVIII). Un viajero piensa en su viaje en términos de punto de partida y regreso. El hogar, antítesis del viaje, es el concepto a través del cual el viaje es “oikonomizado” como un lugar común.

Celeste, la militante católica que no sobrevivirá al asalto de la patota paramilitar se crea una topografía sentimental (“una topografía de afecto y familiaridad”) que le permite

enfrentar la disolución del *oikos*: “Desde que se incorporó a las far y aunque sigue viviendo en el mismo sitio, ya no dice *mi casa*. Dice ahora *la casa de mi mamá*, sin reparar en que acomodó su lenguaje al vuelco que ha dado su vida” (Feijóo, 138, cursivas del original). Y además, es imperativa esa disolución: “Al terminar la tarea cruzarán el umbral de la casa sin mirar atrás. No podrán recordar, ni saber ni decir” (p. 139). Se plantea la paradoja de la memoria del militante: “recordar distrae y atonta”, en contraposición al proyecto de escritura de Manuel, un H.I.J.O., que escribe para recordar.

A la memoria se la puede “refaccionar”: aplicársele un “tabique” para mantener oculto un dato. Si las fuerzas militares y parapoliciales construyen tabiques, levantan paredes y modifican antiguos garajes, hospitales y dependencias estatales para convertirlos en centros clandestinos de detención, tortura y exterminio, el militante puede construir también tabiques en la memoria, ponerse una venda en los ojos de la mente para no delatar a los compañeros. Eso es tabicar la identidad: la casa operativa está “tabicada” (la dirección no debe ser memorizada por sus moradores o quienes firmen el contrato de locación para usarla en un operativo), también lo están las identidades de los militantes. Si Celeste habla, cuenta la “verdad” cuando se produce el reconocimiento de la identidad “real” de Felisa (que en la convivencia descubre es la hermana de su novio), será “destabificada” y eso va contra las leyes de la Organización. La camaradería entre las mujeres, de todos modos, burla el autoritarismo de los militantes varones y revela el secreto, que sólo conocerán ellas. Sin embargo, si “mientras tanto la dirección de la regional había movido a los compañeros en peligro a las casas tabicadas” (p. 158), ni eso ya impedía la llegada de la policía. El error que precipita la masacre es tal vez la dirección de la casa operativa que conoce un militante secuestrado (el Peregrino) y que probablemente haya sido cantada en la tortura. La figura de la traición aparece entre los compañeros y provoca una tensa discusión.

Y es que el viaje del militante es un viaje que no se plantea retorno: se borra el punto de partida pero queda la huella mnémica de la infancia y de la madre, *oikos* por excelencia, en la confusión requerida de la memoria. A las casas operativas los hijos de los militantes vuelven después, treinta o cuarenta años más tarde, cuando la infancia es sólo recuerdo y debe ser revisada. A los viajeros itinerantes les ha sido hurtado el cuerpo, la vida, de campo en campo y ya no regresarán ni a la casa operativa –por supuesto sólo una

parada en el camino- ni mucho menos a la casa natal. Aun cuando el concepto de hogar, punto de partida pueda ser establecido (sólo) retroactivamente.

La lógica de los CCDT propuso una economización, un faenamamiento de mentes y de cuerpos casi sin reaprovechamiento de costos porque los colaboracionistas o los “quebrados” tenían una funcionalidad inmediata y efímera: proporcionar un dato, realizar un reconocimiento. El movimiento contrario fue una deseconomización: un volver fantasma, un asordinamiento de la identidad, una imposibilidad de retornar al *oikos*, una “desaparición”, un relato silenciado.

Los espíritus de desaparecidos con los que hablan las protagonistas de “Cuando hablábamos con los muertos” (Enríquez) piden datos a los vivos que los convocan porque han perdido el rumbo, tanto en el mundo del más acá como en el del más allá. Exigen una dirección, una ruta a seguir: están perdidos, desarraigados, sin rumbo. A pesar de que el grupo de chicas adolescentes, munidas de una ouija, se concentra, les resultaba difícil

hablar con los muertos que quería(mos). Daban muchas vueltas, les costaba decidirse por el sí y por el no y siempre llegaban al mismo lugar: nos contaban dónde habían estado secuestrados, y ahí se quedaban, no nos podían decir si los habían matado ahí, o si los llevaron a algún otro lugar, nada. Daban vueltas y después se iban. Era frustrante (p. 216)

Después de intensos interrogatorios, uno de los espíritus, presuntamente antiguo vecino de una de las chicas, alcanza a decir el nombre del CCDT en el que estuvo detenido y “se va”. Otro alcanza a responderles que no contestaban dónde estaban sus cuerpos “porque no sabían dónde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos: pero otros no contestaban porque alguien les molestaba” (p. 217). Sin embargo, lo más sorprendente narrado por la protagonista, el suceso propiamente terrorífico, es lo que podría denominarse una materialización de una de estas presencias inmateriales en la forma del hermano de la anfitriona de la casa donde se reúnen alrededor de la ouija. Llegado sorpresivamente a la madrugada, en el medio de la sesión, lo que la Pinocha llamará “esa cosa” -luego de acompañarlo a su pedido a bajar algunas cosas de su auto y comprobar, aterrorizada, que no es su hermano- se ocupará de cumplir una misión un tanto confusa para las amigas: dejar en claro que la Pinocha es la que está “de más”, por no tener ningún familiar o amigo desaparecido. Mientras ella está en la calle con quien simula ser su hermano, la copa gira

sola en la mesa y escribe la frase “ya está”. Este suceso tiene como consecuencia el fin de las sesiones, celebradas en una casa del conurbano bonaerense, con varias habitaciones y aberturas, entre otras cosas, porque provoca una crisis en la anfitriona, quien no puede olvidar el brazo gélido que el impostor posó sobre su hombro. La Pinocha no sólo cruza el umbral de la casa sino el de un límite que la razón no debe atravesar: los padres acusan a las amigas de haberla dejado “medio loca” con lo que creen una “broma pesada” (p. 221).

Murallas y alambrados

Los motivos del gótico vuelven en estas novelas para decir otra cosa, otro miedo que se entrama en la maquinaria de la guerra, un miedo con raíz política: umbrales, marcos, espacios del miedo, contigüidad de lo ominoso con lo cotidiano, un nuevo terror urbano o lo siniestro que regresa como lo no dicho. El despliegue de armamento de la guerrilla urbana sobre la mesa debajo de la cual juega un niño de cuatro años en *La casa operativa* y la convivencia de un revólver en el mantel sobre el que merienda una nena de siete en *La casa de los conejos* son dos escenas que se reiteran en las ficciones de los años de la guerrilla urbana y que, estratégicamente señalan un dato y establecen tácitamente un juicio. La huida de la madre del protagonista de la novela de Feijó por los fondos de la casa con el niño a cuestas parece indicar que el miedo se construye por la contigüidad de los opuestos: la lógica de la guerra los une.

La casa ofrece una cuadrícula delimitada en la que el miedo cobra protagonismo. Tanto el miedo del comando parapolicial al entrar cometiendo un error táctico como el de los militantes, atrapados en la morada que debía brindarles protección, se conjuga en sus gestos, sus decisiones, su cerrado itinerario por lo que a veces parece ser un plano, una mirada desde arriba (Feijó, 48,49,50). Así, siguiendo con los elementos góticos que acompañan habitualmente a las mansiones en los relatos de terror decimonónicos, la casa operativa es una fortaleza agujereada por umbrales de escape cuya inocencia aparente la hace propicia para el operativo:

di con una casita modesta, con un cuarto, una sala, cocina, baño, un local adosado con su puerta al frente tapiado, y un patio grande al fondo, cerrado con una pared perimetral. Me pareció apropiada para casa operativa (p. 51)

El muro medianero, el alambrado roto posibilitarán la fuga de Dardo, Felisa y su hijo, que vivirá para contar la historia treinta años después. La misma casa, desde la perspectiva del operativo policial, se transforma en la trampa del gótico a través de estrategias y tácticas puestas en práctica por la “patota”. El ingreso del grupo está construido como un asalto a una fortaleza, ralentado en infinidad de capítulos que detallan cada movimiento del comando. El abandono del reducto, la fuga por el baldío y la salida al afuera, el gesto de ablución de Felisa y el niño con el agua de la zanja también parecen sobreescribirse en las marcas del relato de terror porque la huida de las garras del monstruo es sólo aparente: Felisa será recapturada en otras circunstancias históricas, derivadas de las narradas durante su estadía en la casa operativa, en 1976.

En la dialéctica del adentro y del afuera también se juega el estar o no comprometido con la “Orga”. Felisa, por ejemplo, pasa del PRT a las FAR y Celeste de la militancia misional católica a la misma agrupación. La Orga es el “palacio”, el “vientre de la ballena” (p. 71) para Dardo, pero las mujeres desconfían de esa familiaridad y adivinan elementos disruptivos, señales de que algo no funciona en las discusiones y el dogmatismo de los hombres que comparten la misión con ellas en la casa. Felisa es “un algo fuera del cuerpo vivo, más allá de la fortaleza” (p. 71).

La casa es una especie de cronotopo donde espacio y tiempo anudan la trama narrativa y se regula la intensidad de lo vivenciado: en el presente de la escritura, en la casa de Dardo, ex militante de las FAR sobreviviente de la masacre, el tiempo ha quedado detenido, observa el narrador. Ocurre lo mismo en la casa operativa, donde tiempo y espacio parecen anudados: “la horas se arrastran” (p. 232). Desde la perspectiva de Celeste, la estadía en este espacio también está cargada de irrealidad y lentitud (“esa casa flota como una modorra de la que quiere salir para volver con sus compañeros de la Villa”, p. 135).

Topología del militante

La dialéctica del espacio público y privado va escandiendo estas narraciones. En *La casa de los conejos*, cuya acción se ubica en La Plata, en 1975, la casa operativa está ubicada también en las orillas de la ciudad: es el paraje aislado del gótico. El terreno baldío es el espacio del gótico (con)urbano, en contraste con la casona antigua del centro que habitan

los abuelos de la narradora y la torre de hormigón y cristal, donde viven la niña y su madre, que representa máxima exposición para la acción clandestina, por lo que debe ser abandonada. Clandestinidad y periferia van de la mano: la casa peronista de las ilustraciones de los libros escolares aparece resignificada aquí como escondite-trampa y no doméstica contención maternal.

En la novela de Alcoba el altillo secreto es el recoveco donde los padres esconden “periódicos y armas”, otro secreto que la protagonista deberá guardar. En oposición a la casa operativa elegida para imprimir el periódico clandestino “Evita montonera”, la plaza es el lugar más público que esconde lo clandestino (privado). Encuentros entre padres e hijos, abuelos y nietos resignifican los espacios infantiles del juego. En *La casa operativa* el afuera es la migrancia permanente: la estación de trenes para contactarse con otros militantes, el recorrido del barrio para viajar hasta la oficina de correo a buscar la carta de la pareja, el “compañero” militante, la calle donde se secuestra un auto para realizar un operativo y el lugar de donde viene la fuerza militar opuesta a liquidar a los integrantes de las FAR que esperaban la orden para abandonar la morada. La simulación en la estrategia de la guerrilla urbana es fundamental: su camuflaje hecho de signos lingüísticos y gestos es la defensa operativa de los ojos vigilantes del Estado controlador.

El portal como elemento de comunicación con lo otro siniestro, también propio del género gótico, tiene su representación en la novela de Feijoó en el “portón de metal, de hierro forjado, negro, los vidrios traslúcidos y granulados, la entrada del garaje” (p. 139). Aquí no se trata de una dimensión sobrenatural, sino de la cruda realidad de la ofensiva militar que asaltará la casa: la opacidad del afuera, tan ajeno a la guerra silenciosa, se representa en el velado del vidrio.

Topología y tipología del militante. La casa de *La casa operativa* es, de las casas enumeradas por Negroni, precisamente la casa cantada por un quebrado (el Peregrino), sospechado de delatar su dirección, cuestión que introduce el tema de la traición. La figura del traidor (también la del Ingeniero que construye el “embute” en *La casa de los conejos*), del quebrado y de la “que está de más” por no ser familiar de desaparecidos (la Pinocha) en “Cuando hablábamos con los muertos” también componen la lógica del adentro y del

afuera de la organización, de la casa, del grupo. Se desplazan como en dos dimensiones simultáneas que, en la lógica de la militancia, no admiten lugar.

Las casas fantasmas

Por último, el fantasma es esa figura huidiza pero de presencia ominosa que representa lo reprimido, la historia no contada, la materialidad ausente. Un lugar que no tiene lugar. En el patio trasero de la casa operativa de Rosario hay una “huerta de fantasmas inmóviles y frutales” (p. 212) y el fantasma de un compañero que las noticias blanquean como muerto en un “enfrentamiento”, la pareja de Celeste, se “aparece” frente a ella a poco de comenzar el operativo policial que terminará con su vida, como en una despedida. Los cuerpos habitados por otras subjetividades ajenas a las “originales” atraviesan el espacio y aterrorizan en “Chicos que faltan” y “Cuando hablábamos con los muertos”, señalando con su fría pregnancia el revés de otras historias que no han sido contadas: por qué esos cuerpos faltan y por qué esas voces de otro lugar indeterminado preguntan por ellas mismas, refrendando el enigma de su paradero, de la parte de su historia que sus familiares desconocen y que se pierde en las celdas de los CCDT ya destruidos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcoba, Laura *La casa de los conejos*, Buenos Aires, Edhasa, 2010. (1era. edición en castellano: 2008). [Originalmente: 2007. *Manèges. Petite histoire argentine*. Paris: Gallimard].
- Amícola, José, *La batalla de los géneros. Novela gótica versus novela de educación*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2004.
- De Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano. T. 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- Enríquez, Mariana, *Los peligros de fumar en la cama*, Buenos Aires, Emecé, 2009.
- Feijoó, Cristina, *La casa operativa*, Buenos Aires, Planeta, 2006.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Van den Abbeele, Georges, *Travel as Metaphor: From Montaigne to Rousseau*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992.

-Vezzetti, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI editor, 2002.

-Vidler, Anthony, *The Architectural Uncanny: Essays in the Modern Unhomely*, Cambridge, Massachussets , The MIT Press, 1992.